

Gabriel Turbay

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

Agustín Rodríguez Garavito, ha tenido desde la infancia una vocación literaria, que nada ha logrado torcer. A mí me conmueve y me exalta, cuando lo oigo hablar de los libros con una pasión tan fervorosa y auténtica. Cree en ellos, como si fueran amigos de la carne. Los admira, como si hicieran parte de su sociedad habitual. Para él los libros son algo viviente, carnal, parte de su personalidad, raíz de su espíritu. Conversa sobre los autores, con el entusiasmo con que otros postulan sus candidatos: Miró, Ortega, Azorín, Valle Inclán, están en sus labios, con el encomio presto a dispararse y no entiende cómo los otros mortales no los saborean, ni los admiran, ni los discuten con el fervor con que él lo hace.

Y desde hace varios años vive consagrado a su faena literaria, con la mirada puesta en los luminosos modelos. Y en este ejercicio ha adquirido una singular destreza. La prosa, antes abigarrada, ahora adquiere mayor calidad y jugo. Ha perdido los adornos, para darle expresión a la substancia.

La exclusiva fidelidad a tan altas admiraciones y el haber consumido la vida, con todas sus posibilidades, en honor de esa insigne mitología, nos hace simpatizar con un espíritu, susceptible de tan desinteresados entusiasmos.

En su última etapa ha tratado el tema político a través de dos figuras eminentes del pasado, porque ya hacen parte del pasado: Gabriel Turbay y José Camacho Carreño. Y ha escrito dos biografías sobre estos dos adalides de la palabra, cuyas vidas fueron prematuramente truncadas.

José Camacho Carreño fue señalado en su tiempo como el mejor orador de su generación. Quien no lo oyó no sabe lo que fue la elocuencia de los años treinta.

Posiblemente si se publican hoy los discursos parlamentarios de José Camacho, no se encuentra en ellos un esquema fundamental de problemas y un documento sobre las preocupaciones del país. Y las cláusulas ateridas

y mustias no tienen el mismo timbre, al verse despojadas del amplio gesto que las subrayaba, la viril voz cadenciosa, la emoción que el actor sabía crear en el recinto, en el cual se solazaba, patética, la musa de la elocuencia. Podían carecer de propósitos políticos, pero la cáscara verbal almendra precaria se ocultaba bajo las palabras, pero la cáscara verbal era melódica. No convencían, sino sencillamente deleitaban, como una sonata. Era el tiempo en que el parlamento tenía como una función la de hablar y oír hablar. Y los oradores traían hasta el recinto el bermellón de las batallas. Los temas de la economía no eran habituales y esa ciencia era predio exclusivo de don Esteban Jaramillo.

Gabriel Turbay era un orador de otro tipo, orador de combate. Su palabra la utilizaba no para deleitar sino para herir. Era más hiriente que musical. El uno era una flauta encantada, el otro un estoque. Mayor eficacia parlamentaria de quien tenía menos destreza en el manejo de los ritmos. Y mayor impacto sobre la coraza o el pecho abierto de los enemigos.

El uno tenía la intuición de la belleza literaria. El otro la intuición de la política. El uno era un orador nutrido en la cantera clásica, el otro un animal de pelea. Más imaginación literaria en Camacho. Más imaginación política en Turbay. El uno podía pasar sin mayores transiciones a la Academia. El otro podía descender al ágora. Los dos llegaron de Santander bajo los mismos signos de una gloria juvenil y prematura. Sus laureles eran más numerosos que sus años.

A propósito del libro de Rodríguez Garavito, escribo al margen algunos apuntes, que no confirman ni desvirtúan tampoco el retrato, trazado con tanto fervor por la mano del biógrafo.

Gabriel Turbay era un gran ambicioso. No disimulaba esta propensión de su temperamento por la gloria y la dignidad. Desde su adolescencia se creía predestinado al cumplimiento de grandes misiones. Y desde niño alcanzaba a columbrar, entre la niebla dorada de sus sueños, el más alto honor que discierne su pueblo. Esa era la meta ambicionada de sus anhelos. Todos sus actos, sus pensamientos, sus planes cotidianos, su tiempo, su capacidad de lucha, se consagraron a esa obsesión de su espíritu.

Sus compañeros de adolescencia lo recuerdan como un "gallito" de pelea. Vivaz, nervioso, voluntarioso, intrépido. Con aptitudes naturales para el liderazgo. ¿Cuál sería su carrera profesional...? Eligió equivocadamente la medicina. No lo veríamos jamás con la camisa blanca, atendiendo a la clientela en un consultorio. Su sitio no era la mesa de operaciones, sino el ágora. Ya desde la Universidad se lanzó a la reyerta. En los mítines improvisados, en las asambleas de estudiantes, se oía su voz metálica. Rápidamente obtiene justísima fama de orador. Llega a la Asamblea de Santander, su primer escenario. Salta dos años después a la Cámara de Representantes y siendo el más joven de los congresistas es el más audaz, el más rápido en los golpes, el de más alucinante imaginación. En 1928 ya se ha convertido en una gran figura nacional.

Todavía se recuerdan sus frases vivas y rápidas como un latigazo, el timbre de su voz, sus largas orejas de galgo, la exaltación lírica, la entonación, las palabras extraídas de la cantera santandereana. Esa ha

sido una tierra de oradores elocuentes, que dio a José Camacho Carreño, a Manuel Serrano Blanco y a Gabriel Turbay. Y participaba su oratoria de las primeras épocas, de todos los elementos de ese paisaje abrupto, cortado a pico, de altas cimas, desfiladeros y valles profundos, interminable en sus rocosas ondulaciones como una sinfonía de Beethoven.

¿Era Gabriel Turbay un santandereano integral...? Yo he conocido muchos de los tipos sobresalientes de esa raza arisca y puedo establecer las constantes de su temperamento, impetuoso, escueto, recio y cortante. Y ninguno más santandereano que Gabriel Turbay. Y aunque nacido de austeros inmigrantes —que en Bucaramanga fueron un ejemplo de sencillez cristiana en el vivir—, Gabriel Turbay tenía la índole del santandereano, su manera de ser, su manera de hablar.

Lo que no le venía por la sangre se lo había entregado el paisaje de la tierra y sus recuerdos. Su infancia transcurrió al mismo ritmo y dentro de los mismos marcos de sus compañeros de adolescencia. Y el paisaje que vivió y bebió, fue el de esas montañas circundantes. Y las sombras familiares que acostumbró a ver en tránsito por esas breñas, fueron las de Rafael Uribe, Benjamín Herrera y Solón Wilches. Y la historia que aprendió fue la historia de los Comuneros. La intrepidez de Galán, el buen sentido de Juan Francisco Berbeo, las perplejidades de don Salvador Plata. Si hubo prejuicio contra él en los bancos de la escuela, supo vencerlo. Y en las excursiones sonoras por los campos aledaños, los impresionaba con sus discursos, sus planes de grandeza, su orgulloso pronóstico de que sería —él, iluso hijo de inmigrantes— una gran figura de la patria. Su patria era esa comarca donde crecieron su ambición, su sentido y raíz del decoro, su pasión por el arte ingrato de manejar a los hombres.

Ya en 1929 se mencionaba su nombre, al lado del de los viejos veteranos de la guerra, Antonio Samper Uribe, el general Leandro Cuberos Niño, el general Paulo Emilio Bustamante. Con él llegaba una nueva generación a la política colombiana. En compañía del doctor Eduardo Santos, ofrece la candidatura de concentración nacional al doctor Olaya Herrera. Es aplaudido en cien plazas. Triunfa con él la política de concentración. Viaja a Bruselas como ministro plenipotenciario. Regresa al Senado de la República. Es nombrado ministro de gobierno. Con la asesoría jurídica de Jorge Soto del Corral, realizó una fecunda tarea.

Se verificó entonces un sensible cambio en el temperamento, en la imagen, en las maneras de Turbay y en su propia posición dentro de la política. El demagogo impetuoso, se convierte en un reposado estadista. El caudillo de partido entra a pensar nacionalmente. El estrepitoso orador guarda el carcaj y cuida celosamente sus adjetivos. No vuelve a sacar las manos en gestos arrebatados. Con una capacidad de asimilación sorprendente, el joven y agresivo parlamentario de las orejas de galgo, ha adquirido la silueta y los ademanes del ministro. Comprende que su misión no es la de agitar a las masas, sino que tiene delante de sí una tarea constructiva. Ha pasado la época de los adjetivos y se inicia la etapa sustantiva. Se trata de un segundo Gabriel Turbay, casi inconocible para quienes fueron sus compañeros en la primera tarea demoledora.

El orador, el conversador, el hombre de Estado. Los tres aspectos de su personalidad. El orador perdió el brillo y la imaginación, cuando hubo pasado el tiempo de la Gironda. El conversador mantuvo esas calidades. Poseía una graficidad pasmosa para descubrir a las personas. Era ameno, incisivo, cortante. Y en la tarea del gobierno lo inspiró un sentimiento: la convivencia. En la época de los gobiernos de partido, Gabriel Turbay era un primer conviviente. Su temperamento exaltado lo puso al servicio de las ideas sosegadas. Era un apasionado, que creía en los términos medios. Un combatiente que buscaba la conciliación de los contrarios.

Poseía un infinito dominio sobre sus nervios. Con control sobre sí mismo y por propia voluntad, pasaba de la exasperación a la familiaridad. Cuando quería hacerse obedecer daba grandes voces. Y de esa exaltación que dejaba impresionados a sus interlocutores, descendía imperceptiblemente a los tonos de la más seductora simpatía. Sus amigos quedaban embelesados oyéndolo. Y a las broncas expresiones, “le salté como un tigre”, sucedían los matices cordiales.

No fue lector de muchos libros. Más bien diría que todo lo debía a su intuición. La vida y los viajes lo instruyeron, sin proponérselo. No adelantó estudios sistemáticos sobre un ramo determinado de la historia o de la sociología. Pero bastaba que alguien esbozara inteligentemente el tema para que Turbay entrara a captarlo. Y proseguía el diálogo dándole la impresión a su interlocutor de que lo conocía a fondo. Tomaba las palabras y las ideas al vuelo. Poseía una porosidad intelectual muy rica y un rico don de asimilación. No caía ninguna idea en balde, a lo largo de una conversación. Turbay la adoptaba, la vestía, la hacía suya, la decoraba y la presentaba ingeniosamente.

Su interés primordial era la política. No creó para su vida zonas verdes en las cuales refugiarse, si la fortuna le era adversa. No podía encontrar el burladero de una biblioteca, donde existen las imágenes consoladoras de todo desastre y los testimonios más elocuentes sobre la vanidad de los triunfos humanos. Se toma entre las manos un libro, en el que se relatan siete siglos de imperios y la sucesión de grandes figuras bronceas. En una de las páginas se cree que ese hombre del destino va a llegar ya, está próximo a tomar entre sus brazos el mundo. Unas líneas más y nos encontramos con el desenlace fatal: la desintegración, la huída de los amigos, la ruina de la obra, el puñal de Bruto, la desilusión causada por Julia, el poder hereditario en manos impotentes que lo convierten en polvo. La historia es maestra de humildad.

Su itinerario fue glorioso y merecido. Pero ya lo había escrito el griego: “De nadie se puede decir que es feliz, hasta que haya dicho la última palabra”. En su carrera no había conocido sino triunfos. Por esa razón fue más amarga la derrota en la curva final. Porque lo que había vivido hasta entonces era el antecedente forzado del premio que buscaba. “A un hombre, a un grande hombre —escribe Hernando Téllez— que había sido el acucioso y sagaz artífice de su propia gloria, de su propio sino, que había conseguido someterlo a una esbelta pauta de triunfos, le correspondió esta vez apurar hasta las heces, la salobre sustancia que la vida

ofrece a los vencidos. El hombre público y el privado había sido alcanzado en el talón de Aquiles. Es seguro que por dentro, por los canales secretos del alma, estaba sangrando”.

No fue un hombre de letras, pero cordial amigo de los hombres de letras. En las mesillas del “café nocharniago”, allá por los años treinta, Gabriel Turbay era uno de los asiduos. Frecuentaba a Ricardo Rendón, el caricaturista que editorializaba con sus dibujos y contribuía como ninguno a la formación de la opinión pública. Amigo de León de Greiff, Rafael Maya, Luis Vidales, Jorge Zalamea, Juan Lozano y Lozano, José Umaña Bernal, Alberto Lleras Camargo. Hablaba con ellos sobre los libros recién llegados, las novedades literarias, la biografía de Trotzky, los descubrimientos de Freud. Y en la tertulia, su agilidad y su viveza eran cotizadas y daba la impresión de haber pasado las noches en familiaridad con los temas en boga. En esos instantes de intimidad el político guardaba sus garras, para regocijarse desinteresadamente con toda frase inteligente, con todo apunte sagaz, con toda información ilustrativa. El hombre de acción reconocía la inteligencia y se solazaba con el juego desinteresado de las ideas.

* * *

Un día de 1943 invité a Gabriel Turbay a dar un paseo a caballo. En diferentes ocasiones me había hablado, con persuasivo énfasis sobre sus conocimientos en equitación, su completa técnica en el trote, en el galope y en el salto y su familiaridad prolongada, durante su permanencia en Washington, con los mejores ejemplares de pura sangre. Para decir verdad, yo no creía mucho en sus habilidades de jinete. Y con el ánimo de pasar una buena tarde en su compañía y cerciorarme un poco maliciosamente sobre sus reales condiciones de equitador, organicé una cabalgata. Era esta la oportunidad de oír su brillante y nerviosa conversación y conocer un nuevo aspecto, para mí desconocido, de su personalidad.

A las ocho de la mañana del día fijado Gabriel Turbay estaba presente en el lugar de la cita. Traía bien puesta una cachucha carmelita, que rejuvenecía notablemente su figura, había calzado con toda propiedad sus botas altas, que a la simple vista denunciaban por el corte impecable, la procedencia inglesa. Y para complementar su indumentaria de *gentleman rider* agitaba una fusta. Comenzamos a trotar por la carretera que va hacia Chía, sobre la antigua ruta del ferrocarril del norte. Como yo no estaba bien seguro de sus habilidades de jinete, le reservé un animal manso, “republicano” y sin caprichos. Una yegua alazana que no era ni briosa ni sonsa, tranquila y apacible. Apenas recorridos los primeros metros, el caballero comenzó a impacientarse, porque el animal ecuánime no correspondía exactamente a sus intrepideces de hípico. Y en vista de que su mortificación con la mansedumbre de la alazana iba creciendo, y ya lanzaba sobre ella uno de sus sonoros párrafos oratorios, resolvimos cambiar de caballos para que Gabriel montara uno menos sosegado y displaciente y que tuviera más en cuenta el brío del personaje que llevaba sobre sus espaldas.

No hacía mucho sol y el vientecillo frío animaba a los caballos a desentumirse con la carrera. Gabriel Turbay resolvió despedir el suyo para darnos una demostración elocuente de su fogosa decisión. Corrió unos quinientos metros. Cuando intentó sofrenar al equino entusiasta —que no había sido ilustrado previamente sobre el protocolo y la jerarquía— agachó la cabeza, se estancó frente a un vallado y el estadista rodó en el polvo por espacio de varios metros. Acudimos presurosos a levantarlo. Pero sin inmutarse en lo más mínimo limpió el polvo de su vestido, tomó nerviosamente el caballo por la brida y volvió a montar.

Una vez más el caballo irrespetuoso, resolvió deshacerse de la carga ilustre, lanzándola por tierra. Era justo y sensato que cesara la accidentada cabalgata. Pero Gabriel Turbay, terco como buen santandereano, desafiador, petulante y “picado”, volvió a montar, dándole al impolítico cuadrúpedo la oportunidad de depositarlo unos metros más adelante sobre la tierra fresca. Tres caídas y tres levantadas.

Nos dió Turbay toda clase de explicaciones ingeniosas y defendió con argumentos originales sus cualidades de equitador:

“Yo me caigo del caballo, precisamente porque sé montar. Llevo el ritmo perfecto del trote o del galope. Si el caballo se sale de ese ritmo, la culpa es suya, allá él. Yo sigo con mi ritmo. Los que no saben montar se tienen encima del caballo, pero violando las reglas. no son equitadores sino amansadores”. Y concluyó con una moraleja: “En política como en equitación lo importante no es caerse, lo importante es volverse a montar...”.

* * *

Conocido el resultado electoral adverso viajó a Europa el 10 de mayo de 1946. Permaneció en París durante varios meses, con cortas visitas de estudio a Italia, España, Suiza. Asistía a cursos de cardiología en la Universidad de Medicina de París. Visitaba museos, exposiciones, teatros, infatigablemente interesado por los temas de la cultura y con el ánimo de acallar las marguras que rondaban su espíritu. Después de una temporada de descanso, pensaba reintegrarse de nuevo a la política. Cuando maduraba ese propósito, una mañana de París, fría, en la que caen las hojas mustias sobre el parque Luxemburgo, le falló el corazón que había sido en su vida, un ávido e impetuoso motor vital para tantas empresas. Cayó en el lago de la muerte en un hotel, solo, sin una mano amiga que lo despidiera de la vida batalladora. Una luz de invierno, empañada, penetró por la vidriera. Sobre el cadáver, los diplomáticos de Colombia, colocaron una bandera.

Cuando días después, en el Cementerio Central, abrieron su tumba, cerca de él, bajo los pinos tristes, Jorge Eliécer Gaitán lo despedía. Había sido su amigo, su contemporáneo, su émulo. Habían librado los dos la gran batalla fratricida. ¿Sospechó Gaitán, al pie de los pinos tristes, que la atmósfera estaba cargada de augurios fatales y que a él lo acechaban, próximas, las negras Keres de la muerte...?